

Juan Astorquiza Sasso

## «Una tragedia en la Colonia»

### CRONICAS DE LOS ALBORES DE PUNTA ARENAS



N aquella mañana fría desembarcaba de la «Infatigable» el nuevo Gobernador de la Colonia de Punta Arenas don Bernardo Phillippi, pudiendo apreciar él y sus acompañantes la magnitud que asumía la devastación de este pueblo que sólo años antes había nacido a la vida.

La sombra fatídica de Cambiasso había provocado tal número de calamidades que las pocas casas que antes tenía la Colonia no alcanzaban a ser sino restos despedazados que había que acomodar con prontitud para reorganizar nuevamente la ciudad en que había de emplazarse definitivamente Punta Arenas.

Cambiasso había tomado represalias terribles hasta con los propios indios patagones que frecuentaban la Colonia y por faltas insignificantes había ordenado matar y hasta quemar a siete de estos infelices. Con la huída de los sublevados el ganado de la Colonia habíase dispersado hacia los bosques y campos vecinos y otra parte fué llevada por los propios indios, que hubieron de escapar con rapidez de las crueles manos de Cambiasso.

Avisados de estos sucesos ocurridos en la Colonia, los indios patagones, que tenían sus tolderías en los reductos de Ca-

bo Negro y Cabeza de Mar, vinieron con rapidez y en gran número, con el propósito de vengar a sus compañeros caídos. Atravesaron los bosque de robles y las espesuras de los calafates, cayeron por los montes de Tres Puentes y bordearon el Río del Carbón y dieron un asalto a las pocas y destruídas casas que habían quedado, por las cuales había pasado la mano vandálica de los amotinados.

Como no existía ningún habitante, los indios asaltaron cuanto había haciendo pedazos los almacenes con víveres, apoderándose de cuanto animal encontraron, encendiendo fogatas en todas partes, y desparramando, hasta por la orilla de la playa unos cuantos sacos de frejoles, de harina y carnes saladas que a su paso agresivo encontraron.

Esto explica por qué Phillippi no encontró sino un conjunto de ruinas y su atención primordial estuvo en los primeros meses absorbida por la acomodación de los almacenes y las habitaciones, aunque provisionales, y preparar un fuerte para que sirviera de defensa a la Colonia y no verse aquella naciente Punta Arenas envuelta en una nueva agresión de los indios patagones, que querían a toda costa vengar el injusto castigo inferido por el terrible Cambiasso.

El nuevo Gobernador, un amable alemán, de los primeros llegados a Chile, era un hombre pacífico, bueno a carta cabal, y, aunque traía instrucciones muy severas, quiso acomodar todo y rehacer todo con tranquilidad y pacificando los ánimos. Muchos de los compañeros de viaje que debían instalar nuevamente la Colonia, le instaron hasta de tomar represalias con aquellos indios patagones; pero, muy lejos de ello, el señor Gobernador optó por establecer buenas relaciones con los aborígenes hasta regalándoles algunos víveres, aguardiente, tabaco, azúcar, galletas y otros elementos a fin de atraerlos.

Después de activas penalidades, luchando contra los elementos y contra las inclemencias del clima austral de esos parajes, el señor Gobernador pudo dar cima a su empresa insta-

lando nuevamente Punta Arenas y pudo la naciente ciudad celebrar dignamente la fecha del 18 de Septiembre trayendo la felicidad a sus habitantes.

Para celebrar tan fausto aniversario nacional se hicieron festejos, izándose el pabellón chileno en el edificio del cuartel, y la «Infatigable», desde la bahía desolada, lanzaba con gran estruendo dos cañonazos. Una misa solemne a la vista del cielo, que ofició el Padre Pérez, fué la consagración espiritual que se hacía de la nueva ciudad al Todopoderoso.

—¡Viva el señor Gobernador!—gritaron al unísono los colonos en amable camaradería con los pocos marinos y artilleros que en aquel entonces habían venido a dar vida a Punta Arenas. Tal vez haya sido ese 18 de Septiembre una de las fiestas más íntimas celebradas por chilenos en esa tierra avanzada del territorio nacional, en la que no faltaron ni el cálido homenaje que llevaba escrito en su faltriquera, un poco raída, aquel espléndido chilote de Daniel Barrientos, ni faltó la cueca bien bailada al son de unas guitarras que traían a la Colonia Baldomero Barria y Calixto Mancilla. Hasta un «curanto» en estas tierras, bien remojado con potrillos de vino chileno, vinieron a dar un broche de oro a esta manifestación de verdadero júbilo. La Colonia renacía con buenos augurios.

\* \* \*

En medio de las ocupaciones de reconstrucción aparecieron por los alrededores algunos indios patagones, cuatro fornidos hombres, que demostraban la mayor desconfianza, porque creían que volvían a encontrarse con los amotinados. Estos indios venían montados en dos caballos que habían pertenecido a la Colonia, y, al saberlo el Gobernador los hizo traer a su casa, festejándolos para infundirles toda confianza.

Los indios le hablaron por intermedio del intérprete Martín, un muchacho patagón muy inteligente, del famoso cacique

Casimiro y del Cacique Guachi, que en Cabo Negro estaban al frente de numerosos aborígenes denominados «Guaicures», El Gobernador manifestóles ardientes deseos de conocer a estos caciques y a sus tribus, pues abrigaba el más vehemente deseo de vivir en paz, y, por otra parte, también el propósito de recuperar parte del ganado de la Colonia, que mantenían en su poder estos indios «guaicures».

—¡Tenga cuidado, señor Gobernador!—le decían con insistencia sus subordinados. Pero en vano, pues el Gobernador Phillippi desechó las innumerables prevenciones y quería, por el contrario, convidar formalmente a los caciques, para cuyo efecto despachó al día siguiente al capataz Billa con el indígena y comisionando en seguida una expedición de doce hombres para ocupar los puentes hasta Cabo Negro y hacer un reconocimiento.

No dejó de recomendarles el señor Gobernador que el Gobierno recompensaría con creces la devolución de cuanto habían robado y mantenían en su poder los patagones y lo devolvieran a la Colonia. Les remitió con Billa y sus acompañantes numerosos regalos, adornos de colores vivos y otros elementos que los indios manifestaron serían del agrado de Casimiro y Guachi.

La visita de los caciques se verificó pocos días más tarde, pues éstos se habían adelantado y venían en camino, de tal manera que Billa y sus soldados les acompañaron y le sirvieron de magnífica escolta a estos poderosos jefes patagones.

La comitiva era numerosa, Venían los caciques envueltos en sus pieles de guanaco, llevando en su frente un verdadero lazo de cuerdas con plumas dispuestas hacia lo alto. Estos caciques y muchos de sus acompañantes montaban caballos que habían pertenecido a la Colonia. Otros llevaban dos ejemplares de caballos lanudos, característicos que habían obtenido los indios en los lugares de Agua Fresca. Las mujeres iban adornadas con pieles y plumas de avestruz, llevaban collares de con-

chuelas. Era todo un espectáculo nunca visto en la Colonia y que fué bien recibido por el señor Gobernador y sus subordinados, no obstante las naturales dudas y prevenciones de algunos de ellos.

El Gobernador le aceptó a Casimiro y a Guachi los obsequios que le traían y reinó la más afectuosa cordialidad, llevándolos a su propia mesa y colmándolos de agasajos. Pero Casimiro y Guachi insistían ante el Gobernador en que éste fuera a visitarlos en sus tolderías y que tendrían especial placer en enseñarles sus fiestas aborígenes. Phillippi, ante tan amables e insistentes invitaciones, se comprometió a cumplir su palabra de visitar cuanto antes a estos caciques patagones.

\* \* \*

El campamento de los «guaicures» estaba en Cabo Negro y como no había senderos que llevasen pronto y con facilidad, se pensó en una expedición en la «Infatigable», pero luego después se tomó el acuerdo de ir bordeando la playa para conocer mejor el terreno, pues el Gobernador abrigaba el propósito de establecer cerca de Cabo Negro un destacamento.

Así fué como después de hacer los preparativos una mañana emprende viaje el Gobernador acompañado por un ordenanza, el intérprete Martín, el pintor alemán Alejandro Simons y dos soldados, todos los cuales llevaban agasajos y elementos para varios días de viaje, yendo montados en buenos y briosos corceles.

De más está decir que sus subordinados de la Colonia titubearon mucho para aceptar de buen grado que fueran a visitar en forma tan desprevenida a los indios «guaicures» en su campamento. A los habitantes de esa antigua Punta Arenas les había entrado el miedo hacia los indios patagones y veían siempre la sombra fatídica de aquel amotinado, que a sí mis-

mo se hizo llamar «General» y fué a pagar con su vida en un cadalso de Valparaíso.

El único valiente y que no pensó jamás en la venganza que podrían guardar los indígenas por la muerte de siete de ellos en manos de Cambiasso, era el señor Gobernador, un hombre sencillo y bueno a carta cabal, que sólo abrigaba el deseo de restablecer la paz y la tranquilidad en el antiguo Punta Arenas.

A las puertas de la naciente población fueron a despedirle sus subordinados y amigos, y aun hasta muy lejos veía alzarse los pañuelos que le despedían a él y a sus acompañantes muy valientes.

El viaje hasta las tolderías, situadas al interior de Cabo Negro, duró tres largos días andando a lomo de caballo, a veces por la orilla de la playa, o en otras internándose a través de la floresta de espesos robles o de tupidos calafates, que abundaban sobremanera en el irregular camino que debían atravesar. Estos tres días fueron muy bien aprovechados por los demás, especialmente por el pintor Simons, que llevado de su entusiasmo, había acompañado al Gobernador desde el centro de Chile hasta Magallanes, con la intención de levantar vistas del Estrecho y formar una colección de cuadros que deseaba presentar al Gobierno.

Simons obtuvo permiso para hacer una excursión al interior de las pampas, ayudado de dos indios patagones que venían en el camino y con quienes, gracias al fiel intérprete Martín, se pudo entablar una interesante conversación, fruto de la cual el artista, bien provisto de mensajes amistosos que le proporcionó el Gobernador para los caciques, se internó para entrevistarse personalmente con algunas tribus patagonas que tenían sus tolderías en el interior.

—Señor Simons, díjole el Gobernador Phillippi, es necesario que a Ud. le acompañen algunos de mis hombres. —Con mucho agrado recibiría la compañía de tres de vuestros hom-

bres. respondió el artista alemán. Y así fué como, además de los indios patagones que le sirvieron de cicerone, tres de los soldados que acompañaban a Phillippi hicieron compañía al pintor alemán.

Esta excursión que hizo el pintor Simons, según cuentan las crónicas, tuvo un triste desenlace, pues nunca más la Colonia de Magallanes volvió a hablar del mencionado Simons y sus acompañantes, que seguramente cayeron en una emboscada que le tendieron los «guaicures» del interior de la pampa. Ninguno de los acompañantes llegó al lado de Phillippi, con quien habían quedado de juntarse en Cabo Negro, lugar a donde prosiguió viaje el Gobernador.

\* \* \*

El Gobernador y sus demás acompañantes, junto con el intérprete Martín, llegaron a las inmediaciones de Cabo Negro y no encontrando toldería alguna cerca de la playa, creyeron que los indios se habían trasladado o que hubieran sido engañados por Casimiro, Phillippi hizo examinar todas las vecindades y envió hacia el interior al indio Martín para que procurase encontrar a los otros indios patagones. En efecto, al día siguiente Martín era divisado yendo acompañado por el cacique Casimiro y una escolta de veinticinco indios cubiertos de pieles de guanaco y ornamentados con plumas de avestruces sobre la cabeza. Venían con sus arcos y flechas, y daban el aspecto de una comitiva destinada a hacer presente el poderío de Casimiro y Guachi, quienes disponían de más de trescientos «guaicures» bien macizos, como todos los de su raza.

Más de alguno de los acompañantes del señor Gobernador advirtió el estado de ánimo de aquella comitiva de aspecto poco pacífico. El cacique Casimiro era un hombre grande, enérgico, de facciones pronunciadas, lampiño, provisto en su mano derecha de una gran lanza de mando, vino con los suyos a sa-

ludar cortésmente al señor Gobernador, al mismo tiempo que le ofrecía como presente una hermosa piel de caballo y una colección de adornos de plata, atención que agradeció vivamente el señor Gobernador. El cacique Casimiro le invitó a ir a las tolderías, que estaban esta vez ubicadas en plena pampa y en dirección a Cabeza de Mar.

Demoraron en llegar a divisar las viviendas de los subordinados de Casimiro y éstos al verlo con acompañantes blancos se dijeron más de algo en secreto, y después de festejar la llegada con gritos guardaron silencio sepulcral, pues Casimiro les habló unas cuantas palabras que trajeron en los indios asentimiento unánime.

Entre los de la población «guaicure» había infinidad de hombres y mujeres tatuados, especialmente en la cara, brazos y pechos. Este tatuaje con tierras azules, era tanto más abundante cuanto más alta era la posición social de los indios. Casimiro tenía establecida una verdadera jerarquía entre sus subordinados,

Todos los indios vestían muy decorativamente y llevaban pieles de guanaco y caballo pintadas con vivos colores entre los que destacábanse el ocre, rojo y azul, en su exterior. Como se trataba de recibir al señor Gobernador todos iban provistos de su mejor atavío. Las mujeres llevaban hasta arcos de plata y collares del mismo metal, y un hermoso cinturón de varios colores confeccionado con hebras de cuero trenzado. Las monedas de plata y cobre que habían recibido anteriormente de los habitantes de la Colonia, por el cambio de las pieles, las encontró el señor Gobernador transformadas en vistosos collares y pendones, y adornos variados que llevaban consigo hombres, mujeres y niños. Se trataba, evidentemente, de un pueblo diestro e inteligente.

Casimiro advirtió al señor Gobernador que tenía dispuesta en su honor una partida de caza de avestruces y guanacos, cosa

que nunca ninguno de los habitantes blancos de la Colonia de Magallanes había visto en su vida.

\* \* \*

La comitiva del Gobernador pronto fué llevada al interior de la pampa, y grande fué su asombro al encontrar buen número de indios patagones montados con toda soltura en briosos corceles, los mismos que tiempo atrás se habían robado de la Colonia. Se le dispuso todo al Gobernador para que resultara un espectáculo interesante y a la vez rápido, pues se esperaba después de la cacería un suculento banquete de asados sabrosísimos, que para los indios patagones, como para los blancos, eran y siguen sabiendo a gloria.

A poco andar los indios acorralaron, con sus briosos corceles y sus perros patagónicos, parecidos a zorros, a un buen número de guanacos y avestruces, muy abundantes en aquel entonces en toda la Patagonia. Los indios, provistos con sus terribles boleadoras y sus lazos dieron caza a gran cantidad de su botín. Pero como estos animales huían con suma rapidez eran perseguidos por los perros, quienes les daban muerte con rabiosos mordiscos en la cabeza y en el cuello.

Esta cacería que efectuaron los patagones en honor del señor Gobernador fué de lo más abundante y fué motivo de gran júbilo entre los aborígenes. Hicieron luego fogatas, en las que asáronse con rapidez buenos trozos de carne de guanaco, los que fueron saboreados casi con voracidad por los patagones. Remojaron toda esa exagerada comilona con la bebida intoxicante que acostumbraban hacer las mujeres con el fruto del michay.

En medio de aquella verdadera bacanal los indios Majanero y Chauche dijeron a Martín que esa noche iban a matar al Goberuador. El intérprete seguramente no les creyó, porque, según confesó después, no le dió mayor importancia y lo atri-

buyó al exceso de aguardiente que habían tomado, ya que el mismo Gobernador y sus acompañantes les habían llevado de regalo. Pero a medida que avanzaba el tiempo, el mismo Martín fué escuchando de labios de muchos otros indios esta misma secreta intención.

—Yo no di parte, decía posteriormente Martín, para que no me dieran muerte mis compañeros indios «guaicures», quienes sospechaban de mi lealtad al señor Gobernador.

Toda esa bacanal de los indios del Cacique Casimiro no terminó sino al llegar las sombras de la noche, yendo toda la indiada a reposar sus humanidades intoxicadas y salvajes sobre los cueros pintados de sus toldos. Guaichi, el otro cacique, había aleccionado a su gente y mientras el señor Gobernador, guiado por Casimiro, había ido a reposar con su gente en toldos confeccionados por los mismos aborígenes y colocados muy próximos a la playa de Cabo Negro. En un toldo se colocó el señor Gobernador, en otro se instaló Billa y en un tercero otros de los acompañantes. El indio Martín quedó aquella noche con los otros «guaicures».

Una noche sombría, negra, casi tenebrosa dejóse caer sobre los toldos, mientras dormía el señor Gobernador, ya algo cansado por las fiestas que le habían dispensado con calurosa insistencia Casimiro y sus subordinados.

Pero unos indios patagones habían quedado en vela en las tolderías, y de toldo en toldo hacían juramentos en esa noche fría de la Patagonia...

Como a las siete de la mañana siguiente, mientras todos dormían profundamente, sigilosamente entran al toldo del Gobernador los indios Chauche y Majanero, quienes seguros de lo que hacían, y aun alcoholizados por el exceso de aguardiente ingerido, habían tramado una venganza terrible en la persona del Gobernador Phillippi, en una persona inocente y buena que no deseaba más que la paz.

Entraron estos dos malvados indios, y mientras otros entraban a los otros toldos o esperaban en la vecindad, se echaron de improviso sobre el cuerpo del Gobernador dándole puñaladas y golpes con palos, y acabaron la vida de este hombre inocente con las terribles boleadoras, sin que pudiese siquiera llamar en auxilio a Billa, ni emplear sus armas en su defensa, porque las había dejado colgadas a cierta distancia de su lecho de cueros.

Un grito lastimero, inconsciente pudieron oír sólo los indios que había al lado afuera aguardando a manera de «loros», pero esto les hizo lanzar a los malvados una carcajada salvaje, ¡Ellos se habían vengado en la persona del inocente Gobernador!

Entretanto daban término a su cometido en este toldo, Majanero y Chauche, y un hermano del primero, Peuche, con dos indios más, llamados Luis y Jarbón, entraban al toldo de Billa, a quien arremetieron con sus puñales, boleadoras y flechas. Como Billa tenía mal sueño, despertó al primer ruido, cogió un cuchillo e hirió a uno de los indios en una pierna, dando gritos al Gobernador.

—¡Señor Gobernador: nos traicionan los indios patagones!  
—Pero en esos instantes un mazazo bien dado sobre el cráneo de Billa le dejó inconsciente, y con nuevos y repetidos golpes de boleadoras los indios concluyeron con rapidez con su existencia.

En el otro toldo, los soldados que dormían tan profundamente, recibieron el mismo triste fin en manos de otros «guai-cures». Siete eran las víctimas que habían hecho los indios, para vengar a siete de los indios patagones que había muerto injustamente aquel Cambiasso fatídico, cuya sombra se cernía todavía como un ave de mal agüero sobre la Colonia aun virgen de Punta Arenas.

La suerte, la mala estrella quiso que estos inocentes fueran las víctimas inmoladas para pagar ante los indios de la

Patagonia una deuda de honor, para servir una venganza que recuerdan las narraciones históricas como una de esas injusticias que no tienen arreglo.

Después de muerto el Gobernador Phillippi y sus acompañantes, los indios los despojaron de sus ropas y poniendole un lazo al cuello arrastraron sus cadáveres amarrados a la cola de los caballos para ir a enterrarlos cerca de la playa. Parte de la ropa, manchada de sangre, la quemaron y el resto se lo repartieron los «guaicures», celebrando esta salvaje hazaña con una nueva y formidable bacanal, en la que se repitieron las mismas y singulares escenas indígenas.

El lenguaraz Martín fué retenido por los patagones y sólo ocho meses después el cacique Guachi, jefe de una partida de aquellos, lo mandó a Punta Arenas a averiguar lo que pasaba en la Colonia. Este indio contó todo lo acaecido, gracias a los obsequios y promesas.

Fruto de esas declaraciones el Gobernador Schythe, sucesor de Phillippi; escribió estas líneas en que informaba sobre lo sucedido:

«Me permitirá V. S. observar de paso, que así el carácter traicionero y mentiroso de los indios, como su división en varias tribus, que tan pronto se juntan como amigos, como se separan en enemistad, hacen sumamente dificultosa toda negociación pacífica con ellos. Así es que hace dos meses se separó de ésta otro cacique llamado Casimiro, prometiendo que volvería a los ocho días con Guaichi y su gente conduciendo a los criminales, lo que hasta la fecha no se ha verificado, no obstante de haberseles regalado varios artículos de los destinados para agasajar a los indios». Y más adelante agregaba:

«Sin embargo, debo observar que no se debe dar crédito absoluto a esta declaración por lo que toca a los individuos inculcados (declaración del indio Martín) en ella: siendo el declarante sobrino del cacique de la misma tribu a que ellos pertenecen, es más que probable que haya tratado de disculpar a su

pariente, que en su categoría de jefe no habrá ignorado el acto criminal que su gente iba a cometer, aunque tal vez no haya tomado parte activa en él».

Poco tiempo después de la declaración proporcionada por Martín, el nuevo Gobernador trató a su vez de informarse lo más directamente posible sobre la veracidad de las informaciones acerca de la muerte del Gobernador Phillippi y procuró tener contacto con el cacique Guaichi, que estaba con su india a poca distancia al norte de la Colonia. Empezó una expedición con veinte hombres bien montados y mejor armados. llevando en esta expedición al intérprete Martín.

Hubieron de marchar por ásperos senderos siete largos días alcanzando al lugar denominado Pekkett-Harbour, más allá de Cabo Negro, lugar preciso en donde se efectuó el asesinato del Gobernador Phillippi. Se hizo cavar la tierra y se encontraron varios pedazos de ropa pertenecientes al Gobernador, las osamentas de su asistente: y otros restos de los acompañantes.

Nuevas expediciones salieron alcanzando hasta San Gregorio, punto muy frecuentado por las hordas patagónicas, para inquirir mayores datos acerca del Gobernador Phillippi. pero nunca, al decir de las crónicas, se pudo saber ningún dato más.

Era una tragedia más que enlutaba a la Colonia de Punta Arenas, que recordaban los antiguos con emoción y que contaban y siguen contando de padres a hijos para guardar siempre latente este recuerdo de una tragedia que ocurrió antaño, para templar. tal vez, más el alma de la raza blanca que trajo vida y esfuerzo en esta zona avanzada del trabajo y del progreso.

Mulchén, 1943.